

GIACOMO BIFFI

CONTRA  
MAESE CEREZA

*Comentario teológico a  
“Las aventuras de Pinocho”*

TRADUCCIÓN  
CARLOS GRANADOS



INTRODUCCIÓN  
EN LA QUE SE INFORMA  
AL AMABLE LECTOR  
SOBRE EL ORIGEN Y SOBRE LA IDEA INSPIRADORA  
DE ESTE COMENTARIO  
Y SE RECLAMA SU MISERICORDIA CRISTIANA

De mi primer encuentro con Pinocho recuerdo perfectamente la fecha: 7 de diciembre de 1935.

La Italia que treinta años después habría descubierto en sí una antiquísima y universal vocación a la “resistencia”, tomaba concordemente en aquellos meses lúcida y orgullosa conciencia de los destinos imperiales de su pueblo.

Pero mi padre prefería las glorias caseras –y más aplaudidas por el tiempo– y, como todos los años, ese día me llevó a San Ambrosio. Me veo caminando bajo el atrio de Ansperto, feliz en aquella mañana gélida y helada, mi mano en su mano grande y fuerte. Un breve homenaje al obispo que, en primer lugar, se había atrevido a asignar un cierto límite a la autoridad del emperador y luego el placer de mezclarse con la multitud entre los puestos multicolores y vociferantes.

Aquella vez, aparte de un par de figurillas para rellenar mi belén, como hacía todos los años, mi padre me compró el

primer libro de mi vida, casi reconociendo de forma, por así decirlo, oficial mi capacidad para leer, adquirida recientemente. Era una edición económica de *Las aventuras de Pinocho*, precisamente.

Fue así como la fatal marioneta entró en mi vida, y se quedó.

Mis relaciones con Pinocho, durante mis años de infancia y de adolescencia, fueron desiguales y difíciles.

No podía negar la fascinación: la vivacidad de la trama, la exuberancia de la fantasía, la simplicidad elegante de la narración, obraban como un encantamiento que, sin convencerme por dentro, me atraía y me vinculaba.

Pero había en el libro también un no se qué de fastidioso, que todavía hoy no me es fácil definir. Quizás fuera la sobriedad toscana del lenguaje, que a nosotros nos es concedido admirar, pero no amar, desde el momento en que no encontramos esa abundancia de humores y de sabores ni las “muchas ideas sobrentendidas” que dan gusto y sustancia, para nosotros, al “periodo extendido por un hombre con garbo”. Quizás fuera la ligera ironía, desapegada, festiva, con la que Collodi rodea no solo el asunto que narra y a su pobre marioneta, sino también al incauto lector; ironía que apreciamos, pero que –para un paladar lombardo– no está suficientemente empapada de esa piedad sin la cual nos parece imposible el verdadero humor. Aunque sabemos bien que el humor es un arte extraño y debe saber componer, en una sola actitud del espíritu, distanciamiento y participación, objetivación e implicación, trascendencia e inmanencia; lo cual solo le sale bien a Dios.

Me molestaba sobre todo la recurrente moralidad que, aunque se redimía, en cierto modo, por el tono desenfadado, hacía

que todo el relato se me presentase pastoso como las prédicas de Pepito Grillo y las recomendaciones de mi señora maestra.

Si dejaba el libro y lo sepultaba en un largo olvido, me venía una especie de nostalgia, que en ciertos momentos asumía incluso coloración de remordimiento. Si lo retomaba, volvía a sentir la irritación y la desazón de quien se ve obligado a sorber discursos demasiado abiertamente edificantes de un educador poco experimentado. Además, no tenía ni siquiera la certidumbre de que el educador estuviera hablando en serio y no se tomara en broma a sus alumnos e incluso sus mismas enseñanzas.

Pensamientos de adolescente: más adelante conocería otros más descontrolados, por parte de algunos que habían superado ya con mucho la edad del desarrollo y que empezaron a acusar al libro de Collodi, no solo de moralismo, sino de connivencia con los esquemas autoritarios y represivos de la sociedad burguesa, de pedagogía intimidatoria e incluso de sadismo; o, inversamente, comenzaron a descubrir en él mensajes sociales, críticas al “sistema” e incluso materialismo dialéctico; o incluso se llegó, con los métodos del psicoanálisis, a reconocer una temática de clara naturaleza erótica.

Pensamientos de adolescente: pero eran los míos, por ello me ha parecido necesario registrarlos en esto que, sin querer, se está convirtiendo en una especie de crónica del espíritu.

Un día no datado de mi juventud vi repentinamente la luz. Creí descubrir que el relato contenía ciertamente un anuncio, pero no, como había pensado hasta ese momento, un ambiguo mensaje moralista y exhortativo: más que sugerir las reglas de comportamiento, el libro desvelaba la verdadera naturaleza del universo; no me decía por sí mismo y en modo directo qué debía

hacer, sino que narraba sin incertidumbres la historia del mundo y del hombre; no pretendía aconsejarme; más bien se ofrecía empáticamente a ayudarme a comprender.

Bajo el velamen de la fábula, aparecía una doctrina nítida y definida, que los humildes han conocido y amado desde siempre. Más allá del encaje de los eventos narrados, y en apariencia perfectamente gratuitos, entreveía la visión de las cosas más alta y más popular, más sugestiva y más satisfactoria, más rica y más simple, más extraña y más lógica que se haya ofrecido nunca a la mente del hombre.

Pinocho trata sobre la ortodoxia católica: he aquí la hipótesis que me iba persuadiendo poco a poco y me devolvía una lectura pacificada y gratificante de esta obra extraordinaria.

A ella debo una original intuición sobre la incapacidad del hombre caído, que me permitió doctorarme en teología con una tesis doctoral que no fue, a mi entender, leída por nadie, pero que fue apreciada por todos. Es justo que después de tantos años confiese mi dependencia: todo lo que se decía de novedoso en mi publicación estaba tomado de *Las aventuras de Pinocho*. Mi mérito, o mejor, mi trabajo, fue traducir los conceptos de la encantadora prosa de Collodi a un lenguaje difícil y trabajoso, que atrajera eventualmente a algún teólogo a la lectura y lo ayudase a la comprensión.

Pinocho trata sobre la ortodoxia católica: esta era mi idea, pero, ¿qué habría pensado Collodi?

En la juventud hay siempre un poco de autosuficiencia: en aquellos tiempos la pregunta me parecía totalmente irrelevante. ¿Qué podía importarme la opinión de otro? Si Collodi no había sabido contemplar hasta el fondo la profundidad de su

relato, esta anomalía, en todo caso, hacía aun más manifiesta la urgencia de que alguno viniera a abrir el significado del libro y resolver, finalmente, el enigma de la magia que había ejercido en el corazón de los hombres.

Yo, que tomaba partido por la marioneta, me persuadía de que se trataba casi de una reivindicación: Pinocho, consiguiendo decir algo más y mejor que lo que su autor había previsto y querido, volteaba impíamente la ironía a su irónico creador.

Las impertinencias de los jóvenes –ya se sabe– no deben tomarse en plan trágico. Del joven se pueden tolerar con indulgencia –hasta un cierto punto– incluso afirmaciones arriesgadas y extravagantes; tanto más porque a menudo, como en este caso, es posible que encierren alguna parte de verdad.

Con la intención de reclamar y apoyar esta actitud de misericordia, probaré a exponer sucintamente los lejanos presupuestos de esta joven lectura mía de Pinocho.

Cuando “La historia de la marioneta” comienza a aparecer en fragmentos en el “Periódico para niños” de Ferdinando Martini, nuestra península ha alcanzado hace poco casi por entero la añorada unidad política. Todo ha sucedido prodigiosamente en el breve plazo de once años, sobre todo por el mérito del conde de Cavour, al cual va la admiración que siempre merece quien se fija alcanzar una meta y lo consigue, dejando para otra sede mi valoración sobre la bondad de los fines y los medios.

“El único gran diplomático... –escribía Dostoevskij en 1877, pero su voz no llegaba entonces a nosotros– ha sido Cavour... El pueblo italiano se siente depositario de una idea universal y quien no lo sabe, lo intuye. La ciencia, el arte italiano

están llenos de esa idea grande. Y bien, ¿qué ha obtenido el conde Cavour? Un pequeño reino de segundo orden, que no tiene importancia mundial, sin ambiciones, aburguesado”.

En realidad, del asalto del *Risorgimento* (al que las gentes de Italia han asistido con el interés que han demostrado siempre por las aventuras de los “señores”) ha nacido, ciertamente, un estado unitario, pero no ha surgido una nación consciente de sí misma y concorde en sus valores que dan sentido a la vida. Las revueltas del ochocientos –inspiradas prevalentemente en ideologías extrañas a los sentimientos y convicciones de nuestro pueblo– han mortificado, de hecho, de todos los modos posibles, la ortodoxia católica, que era la única concepción de la realidad reconocida como propia por todas las gentes de Italia.

Y la ortodoxia católica, deformada en las presentaciones corrientes, despreciada como retrógrada, desdeñada por la “cultura” dominante, desde entonces se ha arrinconado –me decía– en el fondo de las conciencias, a la espera de tiempos mejores.

De este modo, el proceso de unificación ha corrido el riesgo de hacer inoperante en la vida social de los italianos el único elemento –además de la difusa predilección por la pasta como alimento– que, desde los Alpes hasta Sicilia, nos unifica de algún modo.

Como imagen visible para todos de la violencia que se hizo a nuestra más antigua tradición, están las plazas de nuestras ciudades –en las que se pueden admirar la grandeza y la genialidad del tardo medioevo, del Renacimiento, de la Reforma católica–, que padecieron en aquellos años la erección de monumentos que representaban sonados y barbudos personajes frecuentemente a caballo; monumentos que hoy asumen, más que nada, la fun-

ción –pensaba con irreverente inquina– de recordar a las generaciones las bondades memorables de la especie equina frente a la promoción humana.

La Italia de la segunda mitad del siglo dieciocho ha recompuesto, por tanto, su propia unidad política a coste de su propia alma. Me preguntaba entonces cómo era posible que, desde la unificación del país, no se hubiera alzado ninguna voz entre nosotros que tuviera algo eterno que decir a los hombres y supiera hacerse escuchar en todo el mundo, al margen de la voz de Pinocho.

Collodi tenía un corazón más grande que sus persuasiones, un carisma profético más alto que su militancia política. Así pudo pudo entrar en comunión, quizás ignorada, con la fe de sus padres y con la verdadera filosofía de su pueblo.

La ortodoxia, que no habría podido convencer con sus propios argumentos a los errados censores de la dictadura cultural de la época y de la misma conciencia explícita del escritor, resurgió, vestida de fábula, desde el fondo del espíritu, y resonó abiertamente. En esa fábula, los italianos con instinto reconocieron su canción de siempre y los hombres de todos los países advirtieron inconscientemente la presencia cifrada de un mensaje universal.

Presiento que después de estas explicaciones mi necesidad de comprensión y de perdón serán probablemente más grandes. Ya se sabe que los jóvenes aman las posiciones definidas, incluso cuando son excesivas e irritantes, y no son muy dados a los matices.

Había, sin embargo, todavía dos argumentos –totalmente desiguales entre sí– que, según mi juicio de entonces, habrían podido avalar esta tesis singular.

En primer lugar, como confirmación de esta insólita lectura, que tiene algo de romántico y psicoanalítico a la vez, me parecía poder indicar el género literario del relato: es una especie de sueño –soñado con los ojos abiertos por un profeta para toda la comunidad nacional– en el que los elementos realistas y los surrealistas, como en todos los sueños, se entrelazan y conviven sin ser forzados; en el que las mismas dimensiones físicas de los hombres, de los animales, de las cosas y de las proporciones recíprocas varían de continuo, como en los sueños, sin que nadie lo considere sorprendente; en el que los personajes más importantes –Pinocho, el Hada, el Grillo que habla– pueden incluso morir, pero no por ello dejan de reaparecer, obsesivamente, como una pesadilla.

Un sueño, por tanto, que ha liberado del subconsciente del autor y de nuestro pueblo esa misma visión de la vida –relegada arbitrariamente a dicho subconsciente por una extraña filosofía– que habían tenido Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Dante Alighieri; o, por llegar hasta tiempos más cercanos, Ludovico Antonio Muratori, Giambattista Vico, Antonio Rosmini, Alessandro Manzoni, es decir, los italianos de fama, las personas más serias.

Precisamente a causa de esta naturaleza de sueño, el relato es sorprendente en la estructura y en la significación y asume, de cuando en cuando, la índole de la parábola (que, tomada en su totalidad expresa una idea, sin que los elementos singulares de la composición estén necesariamente cargados de un mensaje) o de la alegoría (en la que todos los particulares tienen algo que decir) o de la pura construcción fantástica (en la que no se puede extraer otro sentido que no sea el puro placer de la invención).

La segunda confirmación me llegaba por la analogía con la obra maestra de Ariosto, que es la ascendencia literaria o popular más persuasiva de las que se han querido atribuir a nuestro relato (desde *Los novios* hasta el teatro de Stenterello). Esta obra de arte soporta admirablemente todas las comparaciones y todas las interpretaciones, y revela así un espesor y una potencia de escritura que a primera vista no parecería.

Las dos obras se asimilan por la feliz arbitrariedad de los acontecimientos, por el gusto de abandonarse a una fantasía interminable y sorprendente, por la sonrisa irónica dirigida a los personajes, los cuales –también en el *Orlando Furioso*– más que criaturas de carne y sangre parecen precisamente marionetas que actúan y hablan solo para la diversión del público y, más aun, del poeta.

Sobre esta notable semejanza se hace todavía más punzante una notable diferencia. El poema de Ariosto no tiene un principio necesario ni un fin obligado. El telón podría levantarse o caer en cualquier momento de la comedia sin que la economía de la obra se deshiciera verdaderamente por ello. El motivo es la concepción de fondo, que es la misma, en realidad, que tiene la cultura griega precristiana: la historia es una tela interminable como la de Penélope, un hilo que puede siempre recomenzar desde el principio. Al contrario, la obra de Collodi tiene un inicio, que es la premisa y la fuente de todo el desarrollo (creación y huida de las manos del creador); un desarrollo fuertemente dramático, en el cual se determina la libre decisión entre los diversos destinos; un desenlace escatológico (retorno al padre y trasnaturalización). Pero esta concepción es, más allá de cualquier duda razonable, la inconfundible e irreducible concepción

de la historia que nuestra cultura ha derivado de la Revelación cristiana.

Estas eran en aquella época mis reflexiones sobre estos asuntos, sobre los que hoy he invocado repetidamente los atenuantes de la inexperiencia debida a la edad.

Que sean o no objetivamente sostenibles no me parece ya hoy una cuestión de gran importancia: el hecho de comportarme como si lo fueran, me ha permitido volver algunas veces a mi meditación cotidiana sobre las *Aventuras de Pinocho*, en vez de sobre los escritos de ascética y de mística. Y no es una ventaja pequeña.

Así, día a día, nació este modesto comentario.

Sé que no soy el primero que hace una lectura teológica del libro de Collodi y espero no ser el último. La compañía de personas de mérito es siempre confortante cuando se recorre una vía que puede ser rechazada y que ha sido poco frecuentada.

Alguno podría objetar que para una exégesis teológica sería más apropiada la elección de un libro de la Sagrada Escritura o de los Santos Padres. Y la objeción sería ciertamente acogida.

Pero es necesario observar que en estos tiempos de especialización intransigente la heterogeneidad entre el comentario y el texto comentado tiene el mérito de la prudencia: ni los teólogos, ni los biblistas de profesión, ni tampoco los literatos tendrán que sentirse interesados en intervenir. Y así espero que estas páginas se salven de la acusación de incompetencia y de superficialidad; se salven, no por defecto de culpa, sino por falta de acusadores interesados.

O quizás acabarán siendo despreciadas por todos ellos; y este será el justo castigo de quien quiere pasarse de listo.

## **Advertencia**

La lectura –o relectura– de *Las aventuras de Pinocho* es recomendable para todos, y especialmente para los hombres de cultura. Con todo, uno puede leer este comentario también como una obra del todo autónoma.

El cursivo notifica las citas literales del texto de Collodi.